

---

**Jhonny Daniel Villarreal**

Estudiante de 6to. semestre de Derecho  
Universidad CESMAG

Correo electrónico: jhonnydaniel-villarreal@hotmail.com

---

## Te amo papá

Todo empezó el 15 de julio del 2016 cuando tocó llevar al hospital a la muchacha. Se había sentido mal todo el día, la dilatación estaba en tres. Habíamos prometido no volver a encontrarnos, ni a dirigirnos la palabra, sin embargo, a la una de la tarde estaba yo arrodillado destiñéndole las uñas a la paciente para que ingresara a proceso de parto.

En Pasto las enfermeras son muy *afanosas* y de mal genio (sobre todo el sábado), el hospital público estaba atiborrado de urgencias. Ya saben: apuñalados, intoxicados con alcohol y ancianitas encorvadas reclamando turno con desespero.

Llegaron antes que yo, la abuelita de la muchacha había prestado para el taxi. Según contaron meses después, tuvieron que alzarles la mano a varios taxistas porque estos sacaban la cabeza por la ventana y al verlas aceleraban estrepitosamente. Una pobre anciana *adolecida* por los años, una embarazada a punto de estallar y jadeante, no eran negocio. En Pasto no había tiempo para la hospitalidad.

Nos encontramos de frente los tres (ya saben como cuando es difícil disimular), la abuelita con cara de experiencia, la muchacha con cara de dolor e ira, dos sentimientos que se juntaban para mirarme ; daban, según dije entre mí adentro, una perfecta cara de mono, de esos monos que han vivido toda la vida en la selva y ahora atrapados por el cazador y vendidos al mejor postor, irradiaban sus primeros nueve meses encerrados en jaula de circo, al escarnio del público.

A pesar de los dolores, la muchacha hacía su mejor esfuerzo para compartir su mejor cara de odio o de mono conmigo.

Entonces, me dirigí con experticia al suelo para arrodillarme frente al mono (por orden de la enfermera jefe, pues la muchacha no podría pasar a sala de partos con las uñas de los pies pintadas así) para despintar con paciencia, aunque nervioso, cada una de sus diez uñas; entonces, lo inevitable, primero dos o tres sonidos para aclarar la voz y ahí, otra vez, dirigiéndome la palabra que a pesar del dolor, que parecía sin tregua y en aumento, se escuchaba imponente como la del teniente Castrillón, que había sido comandante donde presté mi servicio militar.

- ¿Qué haces aquí? Te dije que no quería volver a verte.
- Tengo que estar aquí, por tu condición y porque la bebé es importante para mí.
- ¡Te dije que fue un desliz, solo un momento, no seas idiota! ¿No puedes entender eso tan simple?

Guardé absoluto silencio para que ya no siguiéramos peleando y me di la vuelta al hospital para relajarme, ya eran las cinco de la tarde, cuando la dilatación llegó a siete, la muchacha se quedó sola y yo seguí conversando con la abuela.

- Tiene que tenerle paciencia joven, es el embarazo ya le ha de pasar...

La amable abuela desconocía quien era la muchacha, en cambio yo la conocía muy bien. Siempre me había tratado igual, siempre había estado pintándole las uñas de los pies arrodillado, entonces, la pregunta era muy simple: ¿por qué seguía insistiendo? ¿me faltaba dignidad? ¿acaso era idiota como ella decía? Y la respuesta llegó de inmediato.

El 15 de julio del 2016, a las nueve de la noche, obtuve mi respuesta, supe que ese no era mi lugar y que debía irme. Me levanté metódicamente, dirigiéndome a la puerta, le di vuelta al picaporte sin éxito y llamé la atención del vigilante, quien me abordó antes de irme para darme un folleto y explicarme de la perfección del paraíso.

En ese instante, la enfermera hizo el llamado al acudiente y la abuelita se puso de pie, vi que le confesaron en el oído varias cosas y decidí regresarme, la abuelita no podía contener el llanto, y yo al verla así pensé en la muerte y en lo abrupta e inoportuna que es.

Ya recompuesta la abuelita, después de dos bocanadas de agua, eran si no estoy mal las 12:05 minutos del 16 de julio y una niña había nacido, la madre, aunque exhausta se recuperaba satisfactoriamente. La abuelita se aproximó lentamente, poniéndome sus manos sobre las mejillas, como cuando mamá me explicaba cosas delicadas de la vida. Entonces me apuñaló con su confesión. El joven que despintaba las uñas con delicadeza no era el padre de la niña, por lo tanto, lo mejor era que se fuera, y así fue.

Han pasado cinco años desde aquel día, la niña ya sabe escribirme:

"Tano papá".